

BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 125

GUSTAVO GALLINAL

LETRAS
URUGUAYAS

MONTEVIDEO

1967

LETRAS URUGUAYAS



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

LUIS HIERRO GAMBARDILLA
Ministro de Cultura

JUAN E. PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación



COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 125

GUSTAVO GALLINAL
LETRAS URUGUAYAS

Cuidado del texto a cargo de las
Profesoras Srtas. ELISA SILVA CAZET y MARÍA ANGÉLICA LISSARDY.

GUSTAVO GALLINAL

LETRAS URUGUAYAS

Prólogo de
CARLOS RÉAL DE AZUA

MONTEVIDEO
1967

ADOLFO AGORIO

De Cleanto, aquel que dio estoico ejemplo de voluntad y dignidad de espíritu en la miseria conquistando cada noche en rudos trabajos manuales la libertad de consagrar el siguiente día a las pláticas de los filósofos en el pórtico de Zenón, toma Cicerón una escena simbólica ideada para combatir las doctrinas de los epicúreos. Solía Cleanto en sus lecciones pintar a sus oyentes un cuadro en el que figuraban todas las virtudes que enaltecen la vida humana, pero tan sólo como servidoras de la voluptuosidad, la que ocupaba bajo solio el puesto de honor, cubierta de manto suntuoso y adornada con las insignias de la majestad, como reina en medio de su corte; satirizaba así aquel sutil y sofisticado artificio por el cual, después de fundar Epicuro la moral sobre el placer, desterrando de ella a las virtudes honradas por común consenso de los hombres, las introducía luego en la escena por oblicuas entradas no en calidad de señoras, sino de vasallas. ¿Por qué recuerdo ahora esta anécdota? Me viene a la memoria por asociación de ideas y me da una imagen para lo que quiero decir. Adolfo Agorio ha publicado un ensayo, un libro impreso en Madrid, "Ataraxia". Esta palabra, cara a los epicúreos, y sobre cuyo alcance disputaron los moralistas antiguos y disputan los modernos, contiene en sí la idea que es el nódulo del libro. No afirmaré, tomando a la letra el parangón, que Agorio escritor posea todas las excelencias, pero sí

que ostenta algunas hermosas cualidades. Es dueño de una cultura no estrechamente literaria, cultura de perspectivas hondas que lo distingue de la mayoría de nuestros intelectuales, dominados por cierta novelaría inestable y caprichosa. Escribe una prosa de trazo firme y rápido, realizada con frecuencia por el toque de luz de la metáfora, y en la que el pensamiento, en lugar de desenvolverse con lentitud discursiva, se concreta fácilmente en frases cortas y densas, que se desprenden como frutas maduras brindando su carne jugosa. Escritor reflexivo, sazona, exprime lentamente sus obras en lugares de meditación y reposo... Tiene, pues, algunas virtudes excelentes en un publicista y de las más raras en nuestro medio intelectual. Pero la voluptuosidad también (aquí de mi reminiscencia ciceroniana), la voluptuosidad en una de sus encarnaciones más refinadas, la voluptuosidad verbal, manda sobre esas virtudes y las ordena bajo su soberanía. Expone Agorio su doctrina de ataraxia, doctrina de soledad intelectual y de renunciamiento; pero el espíritu secreto del libro es mucho menos severo de lo que tales palabras sugieren: del principio al fin noto en el delicado epicureísmo del escritor que sabe del placer de hacer estilo y lo saborea sabiamente. La voluptuosidad de la palabra, formidable instrumento de goce y de dolor, reina sobre la obra. En los cuadros, evocaciones y fantasías que la esmaltan y decoran, el pensamiento central suele ser no más que un hilo próximo a quebrarse, apenas un pretexto para que se ensaye en múltiples variaciones la virtuosidad de un artista que juega con su instrumento, la palabra.

El "ser fuerte es estar solo" del personaje de Ibsen, podría ser divisa para el intransigente individualismo

de que Agorio alardea, "Vida intensa, escribe, no es otra cosa que meditación de alma y cuerpo, que soledad enérgica. La buena suerte ablanda los músculos y seca el corazón. Nada más prodigioso que el infortunio. El éxito es paraíso de los tontos".

La suprema sabiduría está en la reivindicación y conquista de nuestra libertad interior, en nuestra emancipación del yugo del juicio extraño, en el olvido de los móviles subalternos y en purificar el alma de las escorias pasionales. Romper las cadenas de lo contingente y de lo actual; asediar con paciente estrategia y disciplina mental el baluarte del propio espíritu hasta tomar por entero posesión de él: tal el móvil supremo de una vida profunda aplicada a su progresivo perfeccionamiento.

Soledad estimulante y enérgica; libertad interior, sumo bien confesado por todas las filosofías. Llamémoslo ahora, ya que Agorio lo quiere así, ataraxia. Expresemos por esa palabra el deseo benéfico de vida espiritual libre y ferviente. La discordancia entre él y nosotros saldrá a la superficie al intentar definir con precisión y nitidez el sentido de esta concepción griega. Concebimos una ataraxia de escepticismo y de desencanto; una ataraxia que sea el coronamiento de una doctrina de epicureísmo sonriente y blando; una ataraxia vigorizadora y estoica. La ataraxia que florece en una sonrisa de desdén contemplando la infinita vanidad de todo; la que tiende hacia la voluptuosidad solitaria, un placer limpio de toda hez de dolores; la que es reposo austero después de la acción y preparación para el nuevo esfuerzo. Tomamos la palabra, el concepto de ataraxia, como una cáscara hueca y lo llenamos con nuestro pensamiento. Cabe

concebir la libertad interior como proveniente de una suprema comprensión y aceptación del orden preestablecido de las cosas, una conformidad libertadora por la cual el destino ineluctable parecerá plegarse a ser una determinación de nuestra voluntad estoica: acordaremos así el latido de nuestros corazones perecederos al vasto y sagrado ritmo del Universo. Puede la nuestra ser ataraxia de impasibilidad, alma sorda a los ruidos exteriores, alma de paz, sustraída al torbellino que arrastra y azota a los hombres y las cosas, como la ráfaga inaplacable del infierno del Dante. Como el Hylas o Narciso de los sutiles mitos helénicos, podemos hacer de nuestra soledad, espejo en que deleitarnos en el goce de la propia contemplación. Y existe también la soledad que es atalaya, arduo risco para dominar más amplios horizontes, mientras se acerca la hora de lanzarse al combate del mundo, ataraxia...

Tomado de este delgadísimo hilo conductor, Agorio eslabona sus meditaciones y las ilustra con variados ejemplos. Bajo el rótulo, ataraxia de lo inactual, habla de la música de Beethoven, que se derrama desde un alma solitaria en oleadas de claridad y de armonía que al volcarse apagan en silencio augusto a los ruidos vanos y efímeros. Desenvuelve en otro capítulo, — ataraxia de las fuerzas creadoras, — una interpretación simbólica del mito de Prometeo, libertad en el tormento de los creadores, condenados a expiar excelsamente la virtud de su grandeza. Dedicar un capítulo, — ataraxia de la dispersión, — a celebrar la estupenda gesta de los conquistadores hispánicos, y otro capítulo, — ataraxia de los místicos, — a las disciplinas ardientes y magníficas de Teresa de Jesús y Juan

de la Cruz. Un concepto muy sutilizado, que a veces no es más que una sombra verbal, serpea enlazando en sus vueltas, personajes y asuntos tan dispares y remotos. Soledad enérgica, purificación espiritual, exaltación, ataraxia: tales son las palabras que aparecen y reaparecen en los diversos capítulos. Pero el numen que fielmente acompaña al autor en sus peregrinaciones mentales, su demonio familiar, se llama el demonio de la voluptuosidad verbal. Es el mismo mago insinuante que con mañosa traza consigue ¡tantas veces! que el moralista de "Motivos de Proteo" olvide o relegue a secundario plano la severa prédica de renovación, fin confesado del libro, y ceda la primacía al artista que se goza en pulcras afinaciones de estilo, de tal manera que la doctrina permanece tan sólo como el tallo erigido para que columpie en el aire su pompa triunfal la artificiosa flor de la parábola. Agorio puede estar agradecido a su "demos", pues le debe algunas buenas páginas.

Anteriormente Agorio había publicado tres libros formados por la reunión de crónicas y artículos escritos en la prensa diaria para glosar los sucesos de la guerra mundial: "La Fragua", "Fuerza y Derecho", "La sombra de Europa". El poder de realzar el comentario escrito para la hoja que ha de vivir sólo unas horas en el interés de las gentes, nadie entre nosotros después que desapareció Rafael Barret lo tuvo ni lo ejerció con tanta eficacia como el Agorio periodista de estos primeros libros. De entre las crónicas que ya han sufrido, con toda evidencia, el común destino de tales escritos, que han perdido ya, con la novedad y frescura, el interés del momento en que nacieron, es fácil extraer algunas otras dignas de vi-

vir más tiempo. El último libro "La sombra de Europa", es el mejor construido, y sus artículos gravitan en torno de algunas ideas medulares, integrando varios pequeños ensayos. Libros son de ideología amarga, impregnados de pesimismo ante el ejemplo de la violencia y la brutalidad desencadenadas y sin ley. Entre elogios a la democracia jacobina, asoman ya en sus páginas los sentimientos de desvío para la democracia que tiene en "Ataraxia", acerada y punzante expresión. Pensando que sin fuerza no hay derecho, creyendo que ninguna idealidad, por más divina que sea su belleza, puede triunfar si no embraza escudo y lanza como la Minerva de ojos azules, Agorio remata sus reflexiones con la utópica aspiración hacia una fuerte asociación política y militar de los pueblos de Hispano-América, juntos en recio haz de energías y de propósitos.

Más tarde publicó Agorio un libro raro, contaminado de cierta nebulosa retórica de misticismo oriental: "La Rishi-Abura", subtítulo "Viaje al país de las sombras". Novela de aventuras exóticas y siniestras, recuerda por su argumento algunas narraciones fantásticas de Conan Doyle. Las encarnaciones de la Rishi-Abura, la bruja de los pantanos, engendrada en el misterio de las supersticiones hindúes, forman la trama de esos relatos. Aunque ostenta algunas buenas páginas, el libro es un error de Agorio. Tiene partes concebidas en tono por demás sibilino, que no está tampoco del todo ausente de "Ataraxia". "Soy, escribe en este ensayo, probablemente un anacrónico que he pasado sin cambio a través del tiempo. Me he filtrado mal. He traído conmigo un sueño de belleza y de melancolía que debía de haber dejado en los siglos."

Solidificado sobre un pensamiento de soledad, de orgullo y de pesimismo, forjado quietamente en una ardiente fragua, surge a la luz "Ataraxia". Proclama Agorio el culto del yo, en palabras de fervor barretiano, palabras de un "hombre libre" que todavía no ha meditado en las capillas y cementerios de su Lorena interior y persiste armado en actitud defensiva contra los bárbaros. "Defended, dice, vuestro egoísmo, pues ahí reposa vuestra originalidad. Cultivad un ideal, cualquiera que sea. La suprema ataraxia llega a la verdad por el desprecio. La opinión de la mayoría es siempre una corte brutal, pues le falta tiempo para ser justa; pues en alguna forma ha de justificar su razón de existir." Gusta Agorio de acuñar su pensamiento en fórmulas sentenciosas, breves, metálicas.

No ha resistido a la tentación de asestar algunos flechazos contra la democracia. Su desdén asume formas violentas. Abomina de la estupidez democrática, del absurdo sin elegancia de la democracia... Sus acusaciones, ni nuevas ni originales (¿es fácil decir algo nuevo y original sobre esto?), tienen como blanco el culto pseudo-democrático de la medianía niveladora; presume que la ley del número excluye el perfeccionamiento selectivo y acarrea fatalmente la descomposición de los valores morales que hacen la única digna del hombre. Avanzando en esta dirección, llega, por senderos que tienen aun impresas las huellas recientes de pasos de ilustres predecesores, a justificar al buen tirano, cuyo culto es la reacción contra el culto excesivo del rebaño. Afirma que la humanidad moderna ha visto afinarse el sentido de la ingratitud para con los verdaderos servidores de los pueblos, los artistas, los creadores. "La edad moderna

ha visto utilizarse prodigiosamente el sentido íntimo de la gratitud. La existencia del ser elegido es penosa cadena de calvarios."

Nada mejor defendido que estas paradojas, sobre todo cuando las recoge y hace suyas, escritor de reales dotes. Para contestarlas hay que tener a veces el difícil valor — el más difícil valor, según Faguet — de repetir verdades ya convertidas por el uso en lugares comunes, patrimonio de todos. Sin duda, no siempre el honor, el premio y el agradecimiento popular recaen sobre el mérito real. Los hombres que en alguna manera suben más alto del nivel general no se sustraen por eso a la ley de inestabilidad de los destinos humanos. La gloria es muchas veces una corona sobre una lápida. Justicia, la de los hombres, imperfecta. Si fuera infalible, la vida perdería su sentido trágico profundo; los monólogos de Segismundo y de Hamlet no subirían a las estrellas como gritos inmortales de la conciencia de la humanidad.

No diría yo tampoco, con Agorio, y sin prudentes atenuaciones, que son minorías inteligentes las que han hecho marchar al mundo. Aun sin rozar la eterna disputa sobre el papel respectivo de las muchedumbres y el de los hombres superiores, aun considerando tan sólo las obras cuyo recuerdo cabe vincular en justicia a un hombre individual, no es claro que siempre los más altos y puros servidores de la humanidad y de los pueblos, pertenezcan a esas legiones que constituyen las minorías inteligentes. Si en el principio de muchas obras grandes está el impulso de algún iniciado glorioso, no es menos cierto que otras se hubieran realizado sin el esfuerzo, la inmólación anónima de ignoradas muchedumbres. La inteligencia es una fuerza que ha menester norte, un instrumento

para el bien o para el mal; merece loa o vituperio; está sometida a sanciones. Infinitas e imponderables son las fuerzas espirituales y materiales que impulsan al mundo. La inteligencia es una de ellas. El vicio del juicio sobre la democracia está en aceptar previamente de ella una definición tosca e inferior: la ley omnímoda y brutal del número, que anula la acción de los factores morales. Error que está también en la raíz del sofisma de Maurras, el doctrinario de la Acción Francesa, cuyo pensamiento está unido por tenuísimo pero real nexo ideológico al del despiadado teorizador de Zaratustra: "no se organiza la democracia; organizar la democracia es instituir aristocracias". Oposiciones verbales: la vida no se mantiene, rica y ferviente, en las capas que están más altas, sino por la agitación y el hervor continuos de las capas profundas; la democracia es la forma, la organización, que hace más fácil ese intercambio permanente de moléculas y de átomos, de modo que una corriente vigorosa se derrame por todas las extremidades del cuerpo social. Una democracia fuerte y sana, una democracia viva, gesta en su seno el grupo siempre renovado de hombres representativos y de guías espirituales, tan naturalmente como la planta condensa su savia vital en la flor y en el fruto.

Marcados éstos, puedo pasar por alto otros motivos de disentiimiento personal con las opiniones que vierte Agorio en el libro que he comentado, uno de los más sugeridores que se haya publicado en el país en los últimos tiempos.

1924.

INDICE

	<u>Pág</u>
PRÓLOGO	VII
Biografía	XXIV
Criterio de la edición	XXV
LETRAS URUGUAYAS	1
Dedicatoria	5
Prefacio	7
Escritos de Larrañaga	9
Alejandro Magariños Cervantes	18
Antologías uruguayas	33
El Viejo Pancho	45
Delmira Agustini	58
María Eugenia Vaz Ferreira	69
Juana de Ibarbourou	73
La vida literaria uruguaya en 1925	83
En torno a la obra de Juan Zorrilla de San Martín:	
Un libro en preparación: "La Profecía de Eze-	
quiel"	101
El Sermón de la Paz	109
Cómo nació "La Leyenda Patria"	119
Carlos Roxlo	127
Julio Raúl Mendilaharsu	132
Emilio Frugoni	138
Andrés Héctor Lerena Acevedo	146
Emilio Oribe	149
Boy	157

	Pág.
Lauzar	161
Adolfo Agorio	169
Pedro Leandro Ipuche	178
Una conferencia sobre el sentimiento hispano-americano en la literatura uruguaya	183
Oratoria parlamentaria - Diálogo de antecámara	216
Nomenclatura urbana ..	231
Acuña de Figueroa y los poetas coloniales de Montevideo	240
Una pintura de Montevideo en 1850 ..	240
Semblanza de Figueroa ..	246
El despertar de 1806	254
El "Diario Histórico de 1812-1814"	272
Elaboración y fuentes de "La Malambrunada"	286
El Camino de Paros ..	313
La iniciación de Rodó ..	323
Leyendo el "Ariel" de Rodó	329
El sentimiento de la tradición en la obra de José Enrique Rodó	340
Rodó y la democracia ..	350
El alma de Rodó	370
El libro póstumo de Rodó	377
Crítica de José Enrique Rodó	384
Leyendo a Julio Herrera y Reissig	389
Algunas reflexiones sobre literatura uruguaya	394